

LA FRAGUA COMO EXPRESIÓN SIMBÓLICA DEL ITINERARIO ESPIRITUAL DE SAN ANTONIO MARÍA CLARET

Introducción

San Antonio María Claret describió al hijo del Inmaculado Corazón de María como “un hombre que arde en caridad” (cf. *Aut* 494), como un “hombre de fuego”. Algo semejante se podría decir de cualquier miembro de los diversos grupos que conforman la Familia Claretiana. Todos estamos llamados a ser hombres y mujeres de fuego. Hoy nos preguntamos: ¿Cómo reavivar el fuego en nosotros? ¿Cómo “encender a otros”? ¿Cómo compartir el fuego con las generaciones futuras? La alegoría de la fragua –ya conocida y puesta en práctica en la Familia Claretiana– nos brinda una expresión simbólica del itinerario que nos prepara para ser hombres y mujeres de fuego en nuestro mundo.

Este proyecto de renovación claretiana se inscribe en el contexto amplio de la búsqueda actual de espiritualidad. Por paradójico que resulte, debemos reconocer que hoy, en esta sociedad ultramoderna, globalizada y –en algunas regiones del mundo– muy secularizada, la espiritualidad está de moda. Se habla de ella en ambientes eclesiales y también fuera de ellos. Las librerías están inundadas de libros sobre la materia. Se podría hablar, incluso, de un *boom* editorial. Se multiplican los cursos, talleres y experiencias que exploran esta dimensión del ser humano. Se llega a hablar incluso de “inteligencia espiritual”. Hay una corriente social de simpatía hacia todo lo que se adjetive de “espiritual”, no tanto hacia las religiones y, en particular, hacia el cristianismo católico, aunque este hecho varía mucho según las diferentes regiones del mundo.

“La palabra espiritualidad se emplea actualmente para describir desde las prácticas de la *New Age* y las terapias para superar las adicciones (por ejemplo, programas de Doce Pasos como el de los Alcohólicos Anónimos) hasta formas de meditación oriental, grupos de oración y retiros en el desierto”

(L. CUNNINGHAM-K. EGAN, *Espiritualidad cristiana. Temas de la tradición*, Sal Terrae, Santander 2004, 14).

¿Cómo es posible que se hable al mismo tiempo de increencia y de despertar espiritual, de desafección a la Iglesia y de nuevos fenómenos de agrupación religiosa? Algo está sucediendo en nuestro mundo cuyo significado no acabamos de interpretar. Percibimos las sacudidas, pero no sabemos bien dónde está el epicentro.

La repercusión que este fenómeno tiene sobre nuestra vida espiritual y misionera es evidente. Si no fuéramos capaces de vivir espiritualmente y si no pudiéramos compartir con otros la búsqueda espiritual, ¿seguiríamos teniendo algún sentido como personas consagradas? Quizá tengamos que referirnos más adelante a las dimensiones *mística* y *profética* de toda espiritualidad genuinamente cristiana, pero, más allá de estas precisiones, el desafío que la “espiritualidad postmoderna” representa para nosotros es innegable. Afecta directamente a la cuestión del sentido de la vida, que es la cuestión fundamental del ser humano.

Nosotros, miembros de los diversos grupos de la Familia Claretiana, experimentamos también un intenso deseo de crecer en el Espíritu cultivando con gozo –en medio de las dificultades– la respuesta a la llamada recibida, según los diversos carismas que cada uno hemos recibido.

Ejercicio 1

Tómate un tiempo para reflexionar sobre todo esto. Luego, responde por escrito en tu cuaderno a las siguientes preguntas:

1. ¿Percibes signos de *búsqueda espiritual* en el ambiente en el que vives? ¿Cuáles son? ¿Qué pueden significar?

2. ¿Cómo te sitúas tú? ¿Te consideras también un *hombre o una mujer en búsqueda*? En caso afirmativo, ¿cómo expresas esta búsqueda?

La reflexión siguiente se articula en torno a las siguientes seis preguntas:

1. ¿Cuáles son hoy nuestras preocupaciones sobre la espiritualidad?
2. ¿En qué pozo estamos bebiendo para apagar nuestra sed?
3. ¿Hacia dónde podemos dirigir nuestros pasos?
4. ¿Qué es la *Fragua*?
5. ¿Constituye la *Fragua* un itinerario de crecimiento personal?
6. ¿Cuáles son los “viajes antropológicos” contenidos en los núcleos de la *Fragua*?

1. ¿Cuáles son hoy nuestras preocupaciones sobre la espiritualidad?

El relato del encuentro del Resucitado con los discípulos en el camino de Emaús (cf. *Lc 24,13-35*) es un icono poderoso para iluminar evangélicamente la situación de búsqueda que hoy estamos viviendo. Detengámonos en la pregunta que Jesús formula a los dos discípulos: “¿Qué conversación es la que lleváis por el camino?” (*Lc 24,17*). Con ella se inicia un itinerario que va de la frustración a la fe, de la di-misión a la misión. Esta pregunta puede servirnos también a nosotros como punto de partida.

Cuando intentamos responder a ella surge el primer problema: no se trata sólo de saber *de qué hablamos* sino, sobre todo, de saber *adónde nos dirigimos*. A menudo, narcotizados por el exceso de estímulos, “infectados”¹ por muchas y contradictorias informaciones, nos reconocemos en las palabras del apóstol Tomás: “Señor, no sabemos a dónde vas, ¿cómo podemos saber el camino?” (*Jn 14,5*). Nos resulta arduo vivir

¹ Este es un neologismo formado con los vocablos “información” e “intoxicación”. Alude al hecho de que hoy, en las sociedades de la información, recibimos más estímulos de los que podemos procesar, hasta el punto de acabar intoxicados con el exceso de información.

con intensidad nuestras convicciones en las “sociedades débiles” y en los “tiempos líquidos”. Es difícil encontrar respuesta a las preguntas esenciales: ¿Cuál es nuestro itinerario en la vida? ¿Hacia dónde nos dirigimos? ¿Qué sentido tiene lo que hacemos? ¿Cómo vivir significativamente nuestra vocación consagrada?

1.1. Encrucijada de caminos

A la hora de buscar respuestas tenemos la impresión de encontrarnos ante una encrucijada de caminos, que a menudo nos desconcierta:

- Desde el campo de la psicología se nos dice que lo urgente es el *ajuste personal entre necesidades humanas e ideales evangélicos* porque se dan en los consagrados muchas inconsistencias que impiden una vida integrada y sana y un testimonio creíble. A menudo, estas inconsistencias son causa de los frecuentes abandonos o de patologías como las que han conducido a la crisis de los abusos sexuales a menores. Por eso se insiste mucho en la necesidad de explorar nuestro fondo inconsciente, de conocer nuestras necesidades y de discernir bien nuestras verdaderas motivaciones a la hora de emprender un camino de seguimiento de Jesús. Estas voces llegan sobre todo de Europa y de América del Norte.
- Quienes han optado por vivir *para, con y como* los excluidos aseguran que el único camino que puede liberarnos del aburguesamiento en que hemos incurrido y enseñarnos de nuevo la ruta del evangelio está en la *inserción entre los pobres*. Esta perspectiva se acentúa de manera particular, aunque no exclusiva, en América Latina. La teología de la liberación ha aportado una reflexión sistemática sobre ella, cuyo eco ha llegado a todo el mundo.
- Crece el número de los que sostienen que el único camino de futuro pasa por atenerse lo más fielmente posible a las *orientaciones del Magisterio*, que nos invita a reconocer que “las mejores formas de adaptación sólo darán su fruto si están animadas por una profunda renovación espiritual” (*Potissimum Instructio*, 1). La vida religiosa ha sido acusada de ser haber perdido el rumbo, de ser insumisa a los pastores y de haber explorado caminos al margen de la comunión eclesial. Su crisis presente sería, en buena medida, una

consecuencia de esta desafección. Su futuro estaría en una decidida “vuelta al redil”.

- Las iglesias de Asia denuncian los excesos analíticos y programáticos de las iglesias europeas y americanas, su casi incurable tendencia a analizar, programar y “hacer cosas”. Hablan de la necesidad de una *pedagogía liberadora* para lograr la transformación y la auténtica *iluminación*. Reivindican la dimensión simbólica y armónica de la vida religiosa frente a la excesiva acentuación instrumental que se ha dado en Occidente. Consideran que el mundo no necesita a los religiosos para rellenar vacíos en el campo educativo o sanitario sino para visibilizar la pasión por el Trascendente.
- En Europa y América del Norte se insiste en la urgencia de realizar *revisiones estructurales drásticas* antes de que la invertida pirámide de edades que hoy se da en la vida religiosa produzca un derrumbe generalizado de imprevisibles consecuencias. Y por eso muchos institutos, incluido el nuestro, se han embarcado en procesos de cierre de casas, reestructuración de organismos, etc. Este proceso de revisión estructural se acompaña, a menudo, de una “*espiritualidad del decrecimiento*” que pone de relieve virtudes como la humildad, la esperanza, la colaboración con otros, etc.
- De África viene una fuerte llamada a *inculturarnos a fondo* en los contextos en que vivimos, no simplemente a barnizarnos con sus elementos más superficiales. Tras el Vaticano II, la vida consagrada hizo un gran esfuerzo por inculturarse en la cultura moderna. Tendría que hacer uno nuevo, quizá más radical, para inculturarse en la postmoderna o ultramoderna. Pero para algunos esto solo será posible cuando hayamos tocado fondo.

“La vida espiritual, por tanto, debe ocupar el *primer lugar* en el programa de las Familias de vida consagrada, de tal modo que cada Instituto y cada comunidad aparezcan como escuelas de auténtica espiritualidad evangélica” (*Vita Consecrata*, 93).

Los caminos son muchos y no necesariamente excluyentes. En medio de esta diversidad parece claro que nos estamos introduciendo en un nuevo paradigma, que ya no es *cosmocéntrico* (como el de la cultura

grecolatina, de la que somos hijos), ni *teocéntrico* (como el del medioevo cristiano, tan arraigado en nuestra *forma mentis*), ni siquiera *antropocéntrico* (como el de la modernidad burguesa, al que tardíamente nos enganchamos en la Iglesia). Hoy coexisten cosmovisiones de tipo *ecologista* (que reproponen un nuevo cosmocentrismo), *fundamentalista religioso* (que abogan por un nuevo teocentrismo) y centradas en el *yo y sus intereses* (en clara continuidad con el antropocentrismo moderno, aunque utilicen prefijos como “post” o “ultra”). El nuevo paradigma es la *diversidad* y el *policentrismo*.

1.2. El anhelo de espiritualidad

El *dato objetivo* es que nos toca vivir nuestra vocación consagrada en un momento histórico en el que coexisten diversas maneras de entender el mundo y la vida. Este hecho objetivo, sobre el que se han multiplicado los análisis, suscita entre nosotros *reacciones subjetivas* muy diversas, que van desde la resignación (“No podemos hacer nada”) hasta la búsqueda sincera de nuevos caminos (“El Espíritu guía la historia”) pasando por el cansancio y el desgaste.

En medio de este clima de perplejidad existe, sin embargo, un deseo de una vida más auténtica, aunque no siempre estemos dispuestos a pagar el precio personal e institucional que esta autenticidad requiere.

Mirando la realidad de la Iglesia y de los diversos grupos de la Familia Claretiana, podemos dar por cerrada la etapa en la que todo lo que sonase a “espiritual” era sospechoso de escapismo o de falta de compromiso. Hoy se habla abiertamente de anhelo de espiritualidad.

Lo que nosotros estamos viviendo a pequeña escala conecta, como ya hemos visto, con lo que están viviendo actualmente las iglesias cristianas y, en buena medida, también la sociedad. Lo que ocurre es que en muchas personas esta búsqueda espiritual se realiza en la mayor parte de los casos al margen de las iglesias o incluso contra ellas. Pocas veces se traduce en pertenencia eclesial y en práctica cristiana, si bien uno de los

fenómenos que hoy se están produciendo en algunos países es el regreso a la comunidad eclesial de bautizados que la abandonaron hace años y que, tras una nueva búsqueda, redescubren el significado de la fe y de la pertenencia a la Iglesia.

Ejercicio 2

Escribe en tu cuaderno lo que te sugieren las siguientes expresiones:

1. Me siento perdido ante tantos caminos...
2. Estamos en el comienzo de una nueva época "espiritual"...
3. Me gustaría que alguien me dijera ...

2. ¿En qué pozo estamos bebiendo para apagar nuestra sed?

¿Cómo nos situamos nosotros ante este fenómeno? ¿Dónde nos estamos alimentando espiritualmente? En las últimas décadas se ha producido en algunos miembros de la Familia Claretiana un fenómeno llamativo que podríamos denominar *orfandad espiritual*. Al no encontrar en nuestra tradición claretiana referencias espirituales claras y actualizadas para saciar su sed de autenticidad, han *emigrado espiritualmente* hacia otras tradiciones más atractivas. Orfandad espiritual y emigración espiritual son, pues, las dos caras de un fenómeno que, aunque no sea estadísticamente mayoritario, revela con claridad el fondo del problema que estamos viviendo: la necesidad de clarificar quiénes somos, cuál es nuestro camino de evangelio.

2.1. Patrias de emigración espiritual

Las principales patrias de "emigración espiritual" han sido las siguientes:

- *Las espiritualidades orientales no cristianas.* Se han puesto de moda prácticas como el zen, la meditación trascendental, el *mindfulness*, etc. Esto se percibe claramente en lugares como la India o Japón, pero también en Occidente, donde algunos expertos han tratado de hacer un acercamiento entre las espiritualidades orientales y la cristiana. Fue llamativo, por ejemplo, el éxito que tuvieron entre nosotros

en los años 80 y 90 las obras del jesuita indio Tony de Mello. Sus libros se convirtieron en referencia imprescindible para cursos, encuentros, talleres, etc.

- *La espiritualidad ecuménica.* Algunos encuentran inspiración en la espiritualidad que proponen comunidades ecuménicas como la de Taizé, en Francia, o la de Bose, en Italia. Sus escritos, cantos e iconos conectan con la sensibilidad moderna y se han convertido en alimento espiritual de muchas personas, especialmente entre los jóvenes.
- *Las grandes tradiciones espirituales occidentales.* Entre nosotros hay algunos que, aunque admiren a san Antonio María Claret, se sienten espiritualmente "franciscanos", "sanjuanistas", "teresianos", "ignacianos", etc. Encuentran más estímulos en *Las Moradas* de santa Teresa o en los *Ejercicios Espirituales* de san Ignacio de Loyola, por ejemplo, que en nuestra propia tradición espiritual claretiana.
- *Las devociones populares.* Un buen número de miembros de los diversos grupos de la Familia Claretiana ha expresado su espiritualidad –o quizá mejor su experiencia orante– a través de las prácticas devocionales del ambiente en el que han vivido: rosario, novenas a determinados santos, romerías, peregrinaciones, etc.
- *Los autores contemporáneos de moda.* Muchos de entre nosotros se alimentan espiritualmente con los escritos de figuras como Gandhi, Thomas Merton, Carlo Carretto, Henri Nouwen, Anselm Grün, Romano Guardini, Alessandro Pronzato, Ignacio Larrañaga, Segundo Galilea, Eloi Leclerc, Timothy Radcliffe, Joan Chittister, etc. Basta examinar los libros que solemos leer y meditar.
- *La espiritualidad de la liberación.* Para algunos, san Antonio María Claret puede parecer un santo demasiado anclado en el siglo XIX, sin fuerza profética para iluminar la dramática situación social contemporánea y luchar por su transformación. Se hizo necesario "releerlo" a la luz de la espiritualidad de la liberación. En América Latina, sobre todo, éste ha sido un enfoque muy cultivado. Autores como Gustavo Gutiérrez, Segundo Galilea, Ignacio Ellacuría, Jon Sobrino, Leonardo Boff, Pedro Casaldáliga, etc. han ofrecido pistas para un verdadero camino de espiritualidad desde la "opción por los pobres" o –como suelen decir algunos de ellos– desde el "reverso de la historia".

- *Los nuevos movimientos.* Hay también un pequeño número de miembros de la Familia Claretiana vinculados espiritualmente a algunos movimientos: Acción Católica, Juventud Obrera Católica, Renovación Carismática, Cursillos de Cristiandad, Camino Neocatecumenal, Focolares, Pro-Vida, Comunión y Liberación, etc. En ellos encuentran un camino seguro, cálido y vigoroso que no acaban de encontrar dentro de sus Institutos.
- *La espiritualidad presbiteral secular.* Esta ha influido mucho en algunos claretianos que trabajan en parroquias y que se han vinculado estrechamente a los presbiterios de sus diócesis respectivas. A menudo, encuentran dificultades para combinar su vocación religiosa con su ministerio presbiteral. Este ha acabado por oscurecer a aquella.



2.2. Nuestra patria carismática

¿Cómo interpretar este fenómeno? ¿Qué nos está diciendo? ¿Qué podemos aprender? En primer lugar, tenemos que reconocer que todo carisma aprobado por la Iglesia pasa al patrimonio común para la edificación de todos los bautizados. Los "Ejercicios Espirituales" de san Ignacio de Loyola, por ejemplo, no son un legado exclusivo de los jesuitas: son un itinerario de evangelio abierto a todo cristiano. En este sentido, beber de "otros" pozos no significa necesariamente una pérdida de la propia identidad o un rechazo de ésta, sino la apertura a nuevas mediaciones que pueden ayudar a vivir la propia vocación con más hondura y fidelidad. Al fin y al cabo, el destino de todo carisma es "perdersé" para la construcción de la iglesia.

Pero, en la práctica, no todo es tan simple. Algunos miembros de la Familia Claretiana se han acercado a estos caminos porque –así lo reconocen– no han encontrado en nuestro patrimonio común una síntesis vigorosa de espiritualidad, un itinerario claro y atractivo, una socialización intensa y un acompañamiento lúcido y cálido. En otras palabras: porque se han sentido espiritualmente huérfanos. O, en algunos casos, porque han vivido un sentimiento vergonzante de inferioridad. Han tenido la impresión de que la espiritualidad de san Antonio María Claret era solo una rancia amalgama de tradiciones previas, no una experiencia original y vigorosa. Se han sentido más seguros amparándose a la sombra de los grandes (san Benito, san Francisco, san Ignacio, santa Teresa), o incluso de los pequeños (Kiko Argüello, Chiara Lubich, Frère Roger de Taizé), que del pobre misionero de Sallent.

Sin embargo, en la mayoría de los miembros de la Familia Claretiana se observa un sentimiento de profunda gratitud hacia la espiritualidad claretiana por ser nuestro "ámbito de vida" y también a los diversos grupos en los que se expresa por las iniciativas que nos han ofrecido para ayudarnos a conocer y vivir mejor nuestra espiritualidad: nuevas publicaciones de obras espirituales, marianas y pastorales del Fundador, programas de formación permanente, ejercicios espirituales, encuentros de diverso tipo, etc. El problema reside en que algunas de estas iniciativas no acaban de incidir en las personas como sería deseable. El desafío está no sólo en aclarar en qué consiste nuestra común espiritualidad claretiana (enriquecida luego con otros aportes carismáticos), sino, sobre todo, en imaginar y practicar itinerarios que coloquen a toda la Familia Claretiana en una especie de "estado naciente". Esto es, en definitiva, lo que nos puede proporcionar el itinerario espiritual de la Fragua: una oportunidad para cultivar juntos nuestras comunes raíces carismáticas y enriquecerlas con otros elementos provenientes de otros fundadores o fundadoras.

Ejercicio 3

Trata de responder por escrito en tu cuaderno a las siguientes preguntas:

1. ¿Te has sentido “huérfano” espiritualmente dentro de la Familia Claretiana? ¿Has buscado otras “patrias espirituales”? En caso afirmativo, ¿cuáles? ¿Cómo estás viviendo este fenómeno? ¿Qué significa para ti?
2. ¿Qué maestros espirituales antiguos o modernos han sido más influyentes en tu vida espiritual? ¿Qué te han aportado?
3. ¿Crees que estás bien informado acerca del patrimonio espiritual de la Familia Claretiana? ¿Lo has aprovechado suficientemente para tu crecimiento? ¿Conoces la vida de algunos hermanos y hermanas que lo han encarnado con profundidad?

3. ¿En qué dirección podemos seguir caminando?

En el apartado anterior usamos la expresión “beber del propio pozo”. Es el título de una de las obras más conocidas del teólogo peruano Gustavo Gutiérrez. El “pozo” es una hermosa y bíblica metáfora para referirnos a los “lugares” (personas, tradiciones, itinerarios) en los que encontramos inspiración y fuerza para nuestra vida espiritual. ¿Cómo se construye un “pozo”? ¿Cómo se forma una tradición espiritual?

3.1. Etapas en la formación de una tradición espiritual

Los estudiosos suelen hablar de tres etapas en la formación de una tradición espiritual cristiana:

- La *primera* se refiere a una experiencia religiosa intensa vivida por una o varias personas. Esta experiencia (provocada por un fenómeno de conversión, un acontecimiento que cambió su vida, etc.) les da una nueva comprensión de la vida del Espíritu, una nueva manera de entender el seguimiento de Jesús y, por tanto, de situarse ante Dios y ante el mundo.
- La *segunda* está caracterizada por la reflexión sobre esa experiencia y su expresión a través de modos diversos: redacción de escritos,

fundación de grupos, creación de nuevos métodos de oración, de predicación, de acción social, etc.

- La *tercera*, finalmente, coincide con la entrada de esas tradiciones particulares en el gran río de la tradición cristiana. Se convierten así en “propuestas” de vida evangélica dirigidas a toda la comunidad eclesial.

Algunos fundadores han tenido una profunda experiencia espiritual (etapa primera), pero no han reflexionado sobre ella o no la han expresado de una manera articulada (etapa segunda). Eso, ciertamente, dificulta la creación de una verdadera tradición. Corresponde a sus seguidores realizar esta tarea para que la experiencia, una vez examinada por la Iglesia, pueda entrar a formar parte de su patrimonio espiritual (etapa tercera).

En nuestro caso, la *primera etapa* coincide con la experiencia espiritual que vivió san Antonio María Claret. Su vida entera, antes que sus escritos y obras, es el punto de partida para ver en qué consistió el don del Espíritu.

La *segunda etapa* es la articulación y comunicación de esa experiencia. En el caso de Antonio María Claret, esta segunda etapa tuvo multitud de expresiones. Las dos que nos tocan más de cerca son: la fundación de los diversos Institutos (con su correspondiente proyecto de vida recogido en las *Constituciones* o *Estatutos*) y la redacción de la *Autobiografía*, como manual de vida para todos aquellos que quieren ser misioneros según su espíritu.

La *tercera* recibió un impulso definitivo con la canonización del P. Fundador, pero es una etapa que sigue siempre abierta.

Hoy nos preguntamos cómo seguir profundizando en la segunda y en la tercera; es decir cómo podemos articular y expresar mejor la espiritualidad de san Antonio María Claret teniendo en cuenta las peculiaridades de cada grupo de la Familia Claretiana, las condiciones de vida presentes y cómo podemos contribuir a la edificación de la Iglesia viviendo y compartiendo con otros este itinerario espiritual.

3.2. ¿Qué es un itinerario espiritual?

En el ámbito de la teología espiritual contemporánea es frecuente hablar de *itinerario espiritual*. Esta noción tiende a reemplazar la doctrina tradicional de los *grados* (incipientes, proficientes y perfectos) o de las *vías* (purgativa, iluminativa y unitiva) aplicados a la vida espiritual, para acentuar más el aspecto dinámico de camino.

Otros prefieren organizar el itinerario espiritual en analogía con las edades del crecimiento humano. Hablan así de cuatro etapas: adolescencia espiritual, juventud espiritual, madurez espiritual, sabiduría espiritual. Abundan también los estudios sobre el itinerario espiritual de personas concretas: Agustín de Hipona, Francisco de Asís, Teresa de Ávila, Ignacio de Loyola, Charles de Foucauld, etc.

El ser humano, en bella expresión de Gabriel Marcel, es un *homo viator*. La vida humana es, pues, un itinerario hacia la plena realización de uno mismo. Aplicada a la vida espiritual, la noción de itinerario subraya, sobre todo, la idea de *crecimiento*. El progreso en el camino espiritual es constante, pero no lineal, dada la presencia del pecado. Incluye momentos de plenitud, de estancamiento e incluso de retroceso. Dentro del crecimiento se dan las *crisis* y las *noches*, que, asumidas con libertad y sabiduría, permiten seguir avanzando con mayor profundidad.

¿Cómo debería ser un itinerario espiritual para hoy? He aquí algunas características:

- *Personalizado*. La aguda conciencia de que todo ser humano es original e irrepetible elimina los esquemas demasiado uniformes, que no respetan los diferentes ritmos de maduración.
- *Contextualizado*. La asunción de la condición humana histórica y de sus compromisos de liberación rechaza un camino orientado exclusivamente hacia la realización personal al margen de la vida social desarrollada en el espacio y el tiempo.
- *Eclesial y comunitario*. El despertar de la conciencia eclesial y la valoración de la vida comunitaria se oponen a un itinerario orientado de forma individual a la salvación y la perfección del alma. El camino espiritual ha de plantearse en el marco de una eclesiología de comunión, de diálogo entre las formas de

vida, y en el ámbito de las relaciones interpersonales.

- *Integral e integrador*. Se hace necesaria la confrontación entre la maduración humana y la cristiana con ayuda de las ciencias psico-sociológicas, en particular respecto a los dinamismos fundamentales de afirmación de uno mismo y de amor, de diferenciación e integración, de declive y de crecimiento. El itinerario espiritual no puede verse sólo como una subida gradual y armónica puesto que no está exento de contradicciones y de crisis, propias de todo camino humano.

Por otra parte, todo itinerario espiritual se desarrolla en una *situación* que nos desafía. El análisis de los *desafíos* es muy complejo. No basta la mera descripción de la realidad (tal como la puede hacer un sociólogo o un analista de la cultura). Es necesario examinarla en *clave espiritual*. La nuestra es siempre una *espiritualidad encarnada en la historia*, con todas las consecuencias que esto tiene.

3.3. ¿Existe un itinerario espiritual claretiano?

El Congreso de Espiritualidad de Majadahonda (2001) hace una sucinta presentación de lo que llama “el camino biográfico del misionero” antes de caracterizar del siguiente modo el itinerario espiritual de Claret: “Las etapas de nuestro Fundador, Antonio María Claret, en su tiempo de adulto, podrían resumirse en estos tres verbos que le eran tan significativos: orar, trabajar y sufrir.

- Hubo en él una primera etapa de discernimiento, oración, búsqueda vocacional; en ella tuvo la experiencia del “quid prodest”.
- Después le advino otra etapa en que, urgida por la Caridad de Cristo, se dedicó sin reservas a la acción misionera y a la búsqueda de su auténtico lugar en la Iglesia.
- La última etapa de su vida estuvo marcada por una gran crisis, en la que experimentó la pasión, el sufrimiento, la persecución y, al mismo tiempo, se sintió agraciado con el don del amor a los enemigos y la identificación más intensa con Jesús Eucaristía”.

A continuación, el texto del Congreso trata de aplicar a la vida del misionero estas

etapas de Claret, pero sin hacer una propuesta sistemática.

4. ¿Qué es la Fragua?

4.1. El origen de la Fragua

En el año 1989 se celebró en Roma un encuentro de formadores de la Congregación de los Misioneros Claretianos. La preocupación principal de aquel encuentro fue esta: ¿Existe en nuestra tradición un método formativo típicamente claretiano? Esta preocupación se desplegaba luego en un amplio abanico: ¿Podemos hablar de un itinerario espiritual claretiano, articulado pedagógicamente? ¿Cuáles serían los núcleos esenciales de ese itinerario? ¿Cómo se pueden presentar de forma breve y atractiva?

Detrás de estas interrogaciones, latía, por una parte, la “crisis de identidad claretiana” que muchos habían vivido en los años del posconcilio y, por otra, la necesidad de encontrar mediaciones pedagógicas que nos permitieran vivir nuestra espiritualidad como un verdadero camino de crecimiento personal en sintonía con el tiempo que vivimos.

En el intento por encontrar una respuesta satisfactoria, la luz surgió a partir del estudio minucioso de la Autobiografía. En ella se halla desplegada en forma narrativa la espiritualidad de nuestro Fundador. Más aún, el proceso carismático vivido por Claret se condensa simbólicamente en un pasaje de la Autobiografía: la *alegoría de la fragua*.

La alegoría de la fragua en Claret

“Al principio de estar en Vich pasaba en mí lo que en un taller de cerrajero, que el director mete la barra de hierro en la fragua, y cuando está bien caldeada, lo saca y lo pone sobre el yunque y empieza a descargar golpes con el martillo; el ayudante hace lo mismo, y los dos van alternando y como a compás van descargando martillazos y van machacando hasta que forma la forma que se ha propuesto el director. Vos, Señor mío y Maestro mío, pusisteis mi corazón en la fragua de los santos ejercicios espirituales y frecuencia de sacramentos, y así, caldeado mi corazón en el fuego del amor a Vos y a María Santísima, empezasteis a dar golpes de humillaciones, y yo también daba los míos con el examen particular que hacía de esta virtud, para mí tan necesaria”
(Autobiografía, 342).

Por eso, a partir de entonces hemos empezado a denominar así al *itinerario espiritual* de San Antonio María Claret (Cf. PGF 123-127; *Nuestra espiritualidad misionera en el camino del Pueblo de Dios*, II, 1, a.). Este hallazgo puede parecer una simple casualidad o una elección arbitraria. ¿Por qué detenemos precisamente en esta alegoría cuando sabemos que Claret usa otras muchas para expresar su experiencia espiritual (la celda interior, por ejemplo)? ¿Por qué dar esta importancia singular a la fragua? Hay dos razones fundamentales:

- Porque esta alegoría conecta directamente con el símbolo usado por Claret en la llamada “definición del misionero”: el *fuego*. Este mismo símbolo del fuego es utilizado para referirse a la virtud más necesaria para el misionero: el *amor* (cf *Aut* 438-441).
- Porque en ella no sólo se presenta de manera estática *lo esencial de la espiritualidad misionera* (una experiencia de Dios Padre, Hijo y Espíritu que capacita para el anuncio del evangelio) sino que se diseña –o, por lo menos, se insinúa– el *proceso de crecimiento* (se habla de varias etapas: horno, yunque, etc.) y se alude a los *agentes* (director, ayudante, barra de hierro) y *factores* (fragua, fuego, martillo) que intervienen en él.

Es posible que a algunos miembros de la Familia Claretiana esta alegoría les resulte anacrónica. Sin embargo, más allá de la primera impresión que produce, se trata de una alegoría con un profundo significado:

- *Cósmico*. Aglutina los cuatro elementos primordiales: tierra, fuego, aire y agua.
- *Pedagógico*. Acentúa que todo proceso de transformación tiene una vertiente “místico-pasiva” (el fuego) y otra “ascético-activa” (el yunque).
- *Artístico*. Cada pieza que se fabrica en la fragua es única, fruto de una técnica artesanal y no de un proceso industrial en serie.

El significado de los elementos contenidos en la alegoría de la fragua

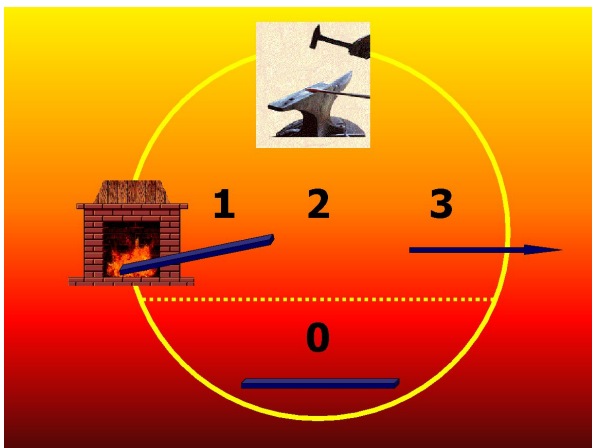
- El *taller del cerrajero* es el ambiente formativo de Vic.
- El *Director* es el Padre, Cristo, María y los diversos responsables formativos.

- La *barra de hierro* es Claret mismo en cuanto sujeto pasivo, en cuanto discípulo que se deja moldear.
- La *fragua* es, sobre todo, el Espíritu Santo, pero también el Corazón de María y diversos medios ascéticos como la oración y los ejercicios espirituales.
- El *yunque* representa las situaciones y pruebas de la vida.
- El *ayudante* es, de nuevo, Claret en cuanto sujeto activo.
- Los *martillazos* equivalen a las diversas acciones formativas.
- La *forma* que se ha propuesto el Director no es otra que Cristo mismo o la *saeta* que debe ser lanzada contra los enemigos del evangelio.

Pasados casi 30 años desde su “hallazgo”, la Fragua es hoy una alegoría conocida y aceptada por la Familia Claretiana.

4.2. La pedagogía de la fragua

El proceso de la fragua puede ser descrito gráficamente como un *proceso circular*, o mejor, un proceso en espiral: siempre se pasa por las mismas fases, pero cada nueva vuelta marca un progreso respecto de la anterior.



- 0: Preparación para entrar
- 1: Hierro rusiente
- 2: Hierro forjado
- 3: Flecha lanzada

La pedagogía contenida en esta alegoría es clara. Si queremos transformar un trozo de hierro informe en una flecha afilada (símbolo del misionero) es necesario seguir el proceso que sigue el herrero en la fragua:

- En primer lugar, *toma la barra de hierro* y la prepara para el proceso (0).

- A continuación, *la introduce en el fuego* para eliminar las escorias, calentarla y disponerla para el proceso de transformación (1).
- Cuando la barra de hierro está rusiente, *la coloca sobre el yunque* y muy lentamente, a base de golpes certeros con el martillo, le va dando la forma deseada (2). A menudo, cuando el hierro se enfría, tiene que volver a introducirlo en el fuego (1), de manera que hay un continuo viaje del horno al yunque y del yunque al horno. En el método de la fundición, el hierro líquido se vierte en los moldes y así rápidamente se obtienen productos acabados, perfectamente iguales. En la técnica de la forja, por el contrario, el proceso es artesanal, lento; los productos son únicos (no hay dos exactamente iguales); se avanza y se retrocede; hay un diálogo constante entre el fuego y el martillo. Con terminología de hoy, podemos decir que se trata de un proceso “personalizado”.
- Finalmente, una vez que la barra de hierro ha adquirido *la forma deseada*, la destina a un uso determinado (3).

No resulta difícil aplicar la alegoría de la fragua al proceso de crecimiento espiritual:

- La barra de hierro somos cada uno de nosotros. Valemos por lo que somos (hierro), pero, a menudo, hemos perdido la forma y nos hemos llenado de escorias. Para realizar con autenticidad nuestra misión necesitamos “ponernos de nuevo en forma”. Esto exige acoger la llamada de Dios que nos invita a salir de donde estamos (0), *convertirnos* y entrar en la fragua de la configuración con su Hijo.
- La experiencia del fuego (1) es, en definitiva, la *experiencia del amor de Dios* que calienta, purifica, ablanda, cauteriza e ilumina. Es el momento místico, sin el cual no hay posibilidad de vivir un proceso de transformación.
- La tarea de transformación exige también un lento proceso de forja (2). El herrero traslada la barra de hierro del fogón al yunque y del yunque al fogón, en un continuo vaivén. Este segundo núcleo de la fragua (centrado en la actividad que el herrero realiza sobre el yunque) simboliza el *proceso de configuración con Cristo*, que es cabalmente a lo que estamos llamados los miembros de la Familia Claretiana.
- Por último, la flecha forjada y lanzada (3) simboliza nuestra *experiencia de ser ungidos* y

enviados por el Espíritu para anunciar el evangelio a los más pobres.

En esta alegoría –usada ya en la Biblia (cf. *Eclo* 38,28) y frecuente en los padres de la Iglesia y en varios maestros espirituales (por ejemplo, en san Macario el Grande, san Juan de la Cruz, san Ignacio de Loyola, etc.)– se nos ofrece, pues, una visión de *Dios*, del *hombre* y de la *configuración del misionero*. En otras palabras: los grandes *núcleos* de la experiencia espiritual. En su caracterización se procedió a partir de las fuentes primigenias claretianas, de los mejores estudios existentes y del asesoramiento de varios especialistas.

“En la meditación se ha de hacer como el herrero que tiene la barra en la fragua y piensa cómo le dará la forma... Así la barra de las obras del día. El hierro frío no se elabora bien; las obras del día sin la meditación, tampoco. Y tan importante es esta advertencia, que con razón puede decirse que el fruto de la meditación depende principalmente de su observancia”

(CLARET, *El Colegial Instruido*).

4.3. Los núcleos de la Fragua

Entendemos por *núcleo* una experiencia carismática básica que tiene la virtualidad de generar e iluminar todas las dimensiones de la existencia y todos los elementos del carisma. Los núcleos contenidos en la alegoría de la fragua –leída en el contexto amplio de la vida de Claret– son cuatro: uno *introdutorio* (que actúa como preparación de los demás y como gozne entre los sucesivos desarrollos) y *tres centrales* (que guardan estrecha relación con los tres verbos de la *Definición del Misionero* a través de los cuales se describe la vocación del Hijo y de la Hija del Inmaculado Corazón de María: *orar*, *sufrir* y *trabajar*).

Los cuatro núcleos son denominados con dos palabras extraídas de los textos bíblicos que jugaron un papel decisivo en el proceso espiritual del Fundador y que iluminaron sus encrucijadas vitales. Se presentan en latín para unificar su denominación en un contexto congregacional

de pluralidad lingüística y así facilitar su citación:

QUID PRODEST (Mt 16,26)

QUID enim PRODEST homini si mundum universum lucretur, animae vero suae detrimentum patiatur?

¿De qué aprovecha al hombre ganar el mundo entero si arruina su vida?

PATRIS MEI (Lc 2,49)

Et ait ad illos: Quid est quod me quaerabatis? Nesciebatis quia in his, quae PATRIS MEI sunt, oportet me esse?

Entonces les dijo: ¿Por qué me buscabais?
¿No sabíais que yo debo ocuparme de los asuntos de mi Padre?

CARITAS CHRISTI (2 Cor 5,14)

CARITAS enim CHRISTI urget nos.

El amor de Cristo nos impulsa.

SPIRITUS DOMINI (Lc 4,18)

SPIRITUS DOMINI super me; propter quod unxit me, evangelizare pauperibus misit me, sanare contritos corde, praedicare captivis remissionem, et caecis visum, dimittere confractos in remissionem, praedicare annum Domini acceptum et diem retributionis.

El Espíritu del Señor está sobre mí. Él me ha ungido para anunciar la buena nueva a los pobres, para proclamar la libertad a los cautivos y dar la vista a los ciegos; para liberar a los oprimidos y anunciar el año de gracia del Señor.

- El núcleo 0, llamado **QUID PRODEST**, aunque no está contenido explícitamente en la alegoría, se refiere a la experiencia umbral que nos dispone y prepara para entrar en la fragua. El nombre de este núcleo está tomado del versículo de *Mt* 16,26, que jugó un papel decisivo en la vida de Claret: «¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si arruina su vida?» (cf. *Aut* 68). Con él se designa toda experiencia que cuestiona la propia vida y nos sitúa ante la necesidad de elegir y, por tanto, de renunciar. Implica siempre un riesgo, en

cuanto nos obliga a la desinstalación y a enfrentarnos con lo desconocido. Aunque es una constante a lo largo de la vida, se agudiza en determinados momentos y viene a ser la prueba de la fidelidad vocacional. Se trata, pues, de una experiencia antropológica vivida en clave de fe. En Claret presenta un relieve especial por su significación y frecuencia. Se manifiesta, sobre todo, en las grandes encrucijadas que tuvo que vivir a lo largo de su vida.

- El núcleo 1, llamado **PATRIS MEI**, se inspira en *Lc 2,49* (cf. EA 418). Este núcleo es el primero de la fragua. Se refiere a la barra de hierro que, antes de ser golpeada, se coloca en el fuego. Expresa la relación de Claret con Dios Padre a través del Espíritu. Expone simbólicamente la experiencia del amor de Dios que calienta el hierro frío y lo dispone para recibir la forma. Dejarse calentar por el amor de Dios -comunicado por el Espíritu- equivale a estar «*en las cosas que miran al servicio de mi Padre*», como Jesús en *Lc 2, 49*. Es, pues, como el fundamento de la vida misionera, la experiencia sin la cual no se puede producir ningún proceso de configuración.
- El núcleo 2, llamado **CARITAS CHRISTI**, se inspira en *2 Cor 5,14* (cf. EA 534, nota 67; CCTT 581). Este núcleo traduce la fase en la que el hierro rusiente es golpeado por el Director y el aprendiz para que adquiera la forma adecuada. Equivale simbólicamente al proceso de configuración con Cristo. Los martillazos son las virtudes y acciones que más contribuyen a lograr la «*forma Christi*». La vida de Claret es una existencia que sólo se entiende desde Jesucristo, cuyo nombre no se puede invocar sin el auxilio de Dios (cf *Aut 345*). Jesucristo es el centro de su vida en torno al cual gira todo, es la *forma* que tiene que ir adoptando la barra de hierro. Esta centralidad queda reflejada en el texto paulino que figura como lema de su escudo episcopal y que da nombre simbólico a este núcleo: «*La caridad de Cristo nos urge*». La clave carismática -tal como se advierte- es esencialmente misionera. Dicha clave irá adoptando modulaciones diversas, pero recorrerá toda la vida de Claret. Es la experiencia claretiana de la imitación, seguimiento y configuración con el Hijo enviado por el Padre, nacido de María y ungido por el Espíritu.
- El núcleo 3, llamado **SPIRITUS DOMINI**, se inspira en *Lc 4,14 ss* (Cf *Aut 118*). Es el resultado final del proceso configurador. La

barra de hierro, caldeada en el fuego del amor del Padre (y de la Madre) y conformada con Jesucristo a través de las diversas acciones formativas, se convierte en saeta que el Espíritu y/o María lanzan contra el mal. Es el momento de la proyección misionera. Cuando Claret quiere interpretar su vocación evangelizadora, comprende «de un modo muy particular» las palabras «*Spiritus Domini super me et evangelizare pauperibus misit me Dominus*». En ellas se condensa su experiencia de sentirse ungido y enviado por el Espíritu para anunciar, como Jesús, el evangelio a los pobres. Claret las aplicó también a la vocación-misión de cada uno de los claretianos (cf. *Aut 687*).

La selección, denominación y caracterización de estos núcleos no fue el resultado de opciones arbitrarias, sino, más bien, la tematización de la experiencia carismática original, tal como aparece reflejada en la Autobiografía, escrita -como sabemos- con una clara intención pedagógica, como un verdadero camino de vida en el que puede inspirarse todo misionero. La articulación trinitaria de los núcleos obedece a un criterio teológico y a una lectura del proceso histórico vivido por Claret. Lo que el Fundador vive, en definitiva, como cualquier creyente, no es otra cosa que una singular *experiencia de Dios* (Padre, Hijo y Espíritu) que le impulsa a dedicarse plenamente al anuncio del evangelio “para que Dios sea conocido, amado, servido y alabado por todos” (*Aut 233*). De ahí que los núcleos se concentren en Dios y desde Él se contemplen todos los demás elementos que constituyen el entramado del carisma. Al proceder así no se está omitiendo la imprescindible referencia al *hombre, al mundo y a la historia*, sino que se los está contemplando desde la luz que mana de una experiencia de gracia.

Conviene subrayar que el Fundador no vivió estos núcleos de forma separada, como si fuese posible parcelar la experiencia de Dios, pero sí acentuando unos u otros (y aun diversos aspectos dentro de cada uno) según las diversas etapas de su vida. El suyo se asemeja, más bien, a un proceso en espiral que desarrolla, en niveles cada vez más profundos y armónicos, el germen de la

vocación recibida. Otro tanto sucede en los que hemos recibido el mismo don.

Así entendidos, los núcleos pueden vivirse a modo de un *itinerario* (es decir, de un camino con etapas). Este no se circunscribe a la formación inicial sino que es un camino de crecimiento que va desplegando, profundizando y armonizando con matices diversos, los núcleos básicos de la experiencia carismática, tal y como los expresa el Fundador en la *Autobiografía* (presentación pedagógica de su camino) y como los diversos grupos de la Familia Claretiana los han recibido, desarrollado y actualizado en las *Constituciones y Estatutos* (expresión normativa de la experiencia carismática).

4.4. La Fragua en perspectiva cordimariana

Estos núcleos pueden ser también interpretados y vividos en una *clave cordimariana*. En efecto, en la espiritualidad de Claret, María es:

- La *Protectora* en los peligros que acechan al misionero y que le impiden tomar una clara decisión por Dios en las diversas encrucijadas de la vida (*Quid Prodest*).
- La *Madre* que en su Corazón refleja y transmite el fuego del amor del Padre. A Ella la llama en varias ocasiones “fragua” (*Patris Mei*).
- La *Formadora* que va forjando con su acción materna la barra de hierro que es el discípulo hasta que adquiere la forma de su Hijo Jesús (*Caritas Christi*).
- La *Directora* que envía al misionero, como flecha, a anunciar el evangelio: “Soy como una saeta puesta en tu mano poderosa” (*Spiritus Domini*).

La impronta cordimariana es tan determinante que en varias ocasiones Claret se dirige a María llamándola “fragua”², singularmente en la oración que solía recitar al comienzo de las misiones populares³. En

² “¡Oh, Corazón de María, *fragua* e instrumento del amor, enciéndeme en el amor de Dios y del prójimo!” (*Aut 447*).

³ “Oh Virgen y Madre de Dios, Madre y abogada de los pobres e infelices pecadores! Bien sabéis que soy hijo y

este sentido, se puede afirmar que el itinerario espiritual de Claret es un itinerario cordimariano.

Ejercicio 4

Lee despacio los números 494 y 342 de la Autobiografía de San Antonio María Claret en clima de oración.

1. ¿Percibes la relación profunda que existe entre la “definición del misionero” y la “alegoría de la fragua”?
2. ¿Qué es lo que más te gusta de alegoría? ¿Qué aspectos te disgustan o no te dicen nada?
3. ¿Qué núcleo de los cuatro contenidos en la fragua conecta más con las necesidades que percibes en ti mismo?
4. ¿Sueles contemplar a María como la *fragua* en la que te forjas como misionero o misionera?

5. ¿Constituye la fragua un itinerario de crecimiento personal?

5.1. Los “polos” en el itinerario de crecimiento humano

Para que un itinerario espiritual resulte significativo tiene que percibirse como un verdadero camino de realización humana. ¿Satisface el itinerario de la Fragua esta condición?

En el ser humano descubrimos tres *dimensiones* esenciales: la intelectual, la afectiva y la práctica. En efecto, somos seres que razonan, aman y actúan. Estas tres dimensiones son dinámicas y están interrelacionadas. Se van desarrollando atraídas por dos polos opuestos: uno regresivo (que bloquea el crecimiento) y otro progresivo (que lo impulsa hacia la madurez). Estos *polos* son:

- La *Superficialidad y la Profundidad* en relación con la dimensión intelectual. Se trata de la tensión que afecta a los diversos modos de percibir lo real, a la necesidad de un fundamento y al sentido de la vida humana.

ministro vuestro, formado por Vos misma en la *fragua* de vuestra misericordia y amor.” (*Aut 270*).

- El *Egocentrismo y la Oblatividad* en relación con la dimensión afectiva. Ambos marcan la tensión afectiva del hombre y determinan su verdadera realización en cuanto ser esencialmente abierto.
- La *Pasividad y la Creatividad* en relación con la dimensión práctica. Hacen referencia al dinamismo de cambio y de crecimiento, de progresiva o de regresiva humanización.

Hay dos polos que son como el umbral de todo proceso de crecimiento:

- La *Instalación y la Búsqueda*, o la tensión entre una vida concebida como fijación en “lo dado” o como pregunta por el sentido de todo; en definitiva, como pregunta por la salvación.

Estos polos antropológicos nos afectan de manera concreta en la *situación* que estamos viviendo hoy. Si nuestra espiritualidad echa raíces en ellas, entonces podremos superar muchas de las dicotomías a las que estamos expuestos y constituirá un verdadero camino de humanización. Nuestra vocación es ser personas en *búsqueda*, *profundas*, *oblativas* y *creativas*. Esta es la fisonomía antropológica de una espiritualidad para hoy.

Por otra parte, en cuanto creyentes, estamos convencidos de que el verdadero camino para ser hombres en plenitud, la auténtica espiritualidad, pasa por el *seguimiento y configuración con el Hombre Jesucristo* (“*Ecce homo*”). Esta es la buena noticia de salvación para los hombres y mujeres de todos los tiempos y lugares.

5.2. La relación entre los polos de crecimiento humano y los núcleos de la Fragua

Ya hemos visto que el itinerario espiritual vivido y propuesto por San Antonio María Claret implica:

- *Romper* con nuestra posible situación de instalación, aburguesamiento, mediocridad espiritual (cf. HAC 11), de falta de estímulos y de entusiasmo, o de autosuficiencia.
- *Dejarnos caldear* por el amor del Padre que da *profundidad* a la vida, que ablanda la dureza acumulada, desbloquea los mejores resortes contraídos por el paso del tiempo, purifica la escoria de nuestra infidelidad y mediocridad,

cauteriza nuestras heridas y, en definitiva, sostiene nuestra existencia (cf HAC 54).

- *Dejarnos configurar* según la forma de Cristo hasta hacer de Él verdaderamente el centro de la propia vida y así aprender a amar *oblativamente*.
- *Dejarnos enviar* por el Espíritu para anunciar *creativamente* el evangelio, superando la pasividad, el desfondamiento, la rutina, etc. (cf. HAC 57-61).

Los núcleos que descubrimos en la espiritualidad de nuestro Fundador y que reconocemos también en los que hemos recibido su mismo espíritu constituyen la respuesta que, en cuanto misioneros, podemos ofrecer a los hombres de nuestro tiempo. Entre estos *núcleos* (presentados antes) y los *polos* (presentados ahora) existe una profunda correlación, que es la base de una espiritualidad integral e integradora.

He aquí, de forma resumida, esta correlación:

- En la encrucijada entre los polos *Instalación / Búsqueda* estamos llamados a vivir y anunciar la experiencia de **QUID PRODEST** como experiencia que desbloquea y promueve un proceso de conversión, que lleva a afirmar y relativizar la bondad del mundo y de todo logro o situación alcanzada y que impulsa a buscar en Jesucristo la respuesta a la pregunta por la salvación.
- En la encrucijada entre los polos *Superficialidad / Profundidad* estamos llamados a vivir y anunciar la experiencia de **PATRIS MEI** como experiencia de amor incondicional que fundamenta la vida humana y la redime de su indeterminación y ambigüedad.
- En la encrucijada entre los polos *Egocentrismo / Oblatividad* estamos llamados a vivir y anunciar la experiencia de **CARITAS CHRISTI** como experiencia de humanización en la configuración con el Cristo que se entrega y que libera al hombre de todas sus esclavitudes.
- En la entre los polos *Pasividad / Creatividad* estamos llamados a vivir y anunciar la experiencia de **SPIRITUS DOMINI** como experiencia de unción para el anuncio, para el despliegue del Reino, para la cristificación de toda la realidad.

6. ¿Cuáles son los “viajes antropológicos” contenidos en los núcleos de la fragua?

El itinerario de la fragua, en su vertiente antropológica, se puede presentar como “cuatro viajes en uno”; es decir, como cuatro áreas de crecimiento en las que tenemos que vencer una fuerza negativa-regresiva y avanzar hacia un polo positivo-progresivo.

A continuación se presentan los contenidos esenciales de los cuatro “viajes antropológicos” que se proponen en el itinerario de la Fragua. Constituyen la como la infraestructura humana de las experiencias espirituales de la Fragua.

6.1. *El viaje de la Instalación a la Búsqueda*

En todo itinerario espiritual hay una experiencia que normalmente constituye el punto de partida y que atraviesa nuestra vida de principio a fin. Por una parte, se trata de una *experiencia antropológica*: la necesidad de optar entre dos formas contrapuestas de entender y vivir la propia existencia: una que conduce a la plenitud y otra que lleva al fracaso. Pero es, además, una *experiencia teológica*: la experiencia de *convertirnos* a Dios como Señor de nuestra vida, como fuente de felicidad, trascendiendo otras metas penúltimas que atraen al ser humano: el poder, el placer o el tener.

Cuando vivimos nuestra vida claretiana desde las raíces se produce un proceso continuo de retro-alimentación. ¿Quién de nosotros no ha vivido un “salto” en su fe, esperanza o amor, en el ejercicio de la acción pastoral, en el contacto con las personas, en el trabajo bien hecho *por* los demás y, sobre todo, *con* los demás?

Pero se dan también fenómenos de cansancio, desgaste (que, en algunos casos, llega hasta las fronteras de la depresión o del *burnt-out*) y, en definitiva, pérdida de la motivación para seguir viviendo. Y, en muchos casos, de *instalación*, de conformismo y de parálisis. Estamos bien como estamos y no vemos la necesidad de arriesgar nada. La mediocridad, aunque indeseada, tiene también su dosis de compensación. Es la gran

tentación de todo ser humano, sobre todo en la segunda y en la tercera edad.

¿Cómo se puede desbloquear una situación así? Salir de la instalación (física, mental, afectiva, religiosa) en la que podemos encontramos y *buscar* una nueva respuesta tiene mucho de experiencia sobrevenida, gratuita. No llega simplemente cuando queremos sino, a menudo, cuando menos esperamos. Está asociada a experiencias de crisis afectiva, cambio de destino, enfermedad, purificación en la fe, cuestionamiento social, problemas comunitarios, etc. Reviste muchas variantes: “¿De qué me aprovecha lo que estoy haciendo si me estoy alejando de lo esencial?”, “Sal de tu comodidad y ve a la tierra que yo te mostraré”, “¿Merece la pena seguir siendo una persona consagrada para desarrollar simplemente una profesión?”, “¿Qué puedo presentar como balance en el momento de mi muerte?”, etc.

6.2. *El viaje de la Superficialidad a la Profundidad*

No basta con buscar. Hay que dejarse atraer por la meta y dejarse transformar. Y no hay transformación sin fuego. La espiritualidad no es tanto el resultado de un esfuerzo voluntarista por cambiar el propio sujeto y el entorno cuanto de una actitud de docilidad a la acción del Espíritu, que es quien nos va configurando con Cristo. La experiencia del fuego alude a la experiencia del amor de Dios, al Espíritu que derrama en nosotros el don de la caridad.

El fuego calienta, purifica, quema, ablanda, endurece, ilumina, derrite, funde, cicatriza. Los “hombres y mujeres de Dios” tienen el rostro resplandeciente por el fuego, como Moisés. ¿Cómo podemos ser “seres de fuego”, curados por la experiencia del amor de Dios?

La auténtica experiencia de Dios hunde sus raíces en el terreno de la *profundidad*. Podemos quedarnos simplemente en lo que aparece, en la superficie de las cosas, o podemos ir al fondo, a las raíces.

- *Superficialidad* es la actitud de quien confunde lo real con lo que aparece a los sentidos.
- *Profundidad* es la capacidad de ir a la raíz de las cosas, al fondo.

Si Dios es la raíz de cuanto existe, se comprenderá que es imposible una experiencia del amor de Dios para quien vive superficialmente.

Estamos viviendo en una cultura que promueve la superficialidad. La sociedad de la información se preocupa, sobre todo, de contar lo que pasa, lo que se ve, pero no está demasiado interesada en buscar lo que está detrás de lo que pasa y de lo que se ve. Sin una experiencia fuerte de profundidad, nuestra experiencia de Dios corre el riesgo de quedar reducida a su dimensión emocional, a algo sin raíces suficientes como para sostener toda una vida.

6.3. *El viaje del Egocentrismo a la Oblatividad*

El fuego dispone, pero tampoco basta. La tarea de transformación exige un lento proceso de forja, de configuración hasta llegar a tener los sentimientos del Hijo.

La experiencia *de configuración con Cristo* tiene que ver con nuestra vida afectiva. ¿Existe una verdadera formación afectiva o en este terreno abundan demasiado los tabúes, los temores y los silencios?

Vivimos en una sociedad que ha cambiado mucho en su manera de entender y vivir la sexualidad y la afectividad en general. Hoy no se entiende el significado de la castidad consagrada, a menos que se perciba inequívocamente como una fuente de vida plena y de entrega sincera a los demás. Es decir, a menos que el celibato se parezca al de Jesús.

El celibato “por el Reino”, antes que nada, es un don, un carisma que Dios concede a algunos hombres y mujeres para vivir el mismo estilo de vida de Jesús. No todos lo reciben y no todos pueden entenderlo. Ahora bien, este carisma echa raíces en una estructura afectiva humana. A esto queremos referirnos ahora. Algunos miembros de la Familia Claretiana han recibido la vocación matrimonial, que

expresa simbólicamente la unión de Cristo con su Iglesia.

La afectividad humana se desarrolla entre dos polos: el repliegue sobre uno mismo (*egocentrismo*) y la apertura a los demás (*oblatividad*). El itinerario espiritual tiene que ayudarnos a realizar el *viaje que va desde el egocentrismo a la oblatividad*.

El egocentrismo se alimenta culturalmente. Vivimos en la época del “yo” (*yo quiero, yo decido, a mí me gusta, etc.*). Esto, en principio, supone un gran avance porque nos ayuda a descubrir nuestra dignidad como seres humanos y el valor de la conciencia y de la libertad individuales. Pero, ¿qué sucede cuando hacemos del yo el centro de todo y el término final de todo? Que nos convertimos en personas egocéntricas, incapaces de abrirnos a los demás y de entregarnos amorosamente a Dios.

Los que intentamos seguir a Jesús somos invitados a vivir como él. Recordemos sus palabras: “Si amáis sólo a los que os aman, ¿qué mérito tiene eso? ¿No hacen también eso los publicanos?” (*Mt 5,46*).

6.4. *El viaje de la Pasividad a la Creatividad*

No crecemos espiritualmente para permanecer encerrados en nuestro refugio “por miedo a los judíos”. Nuestro destino es ser enviados. La misión es siempre el test de toda espiritualidad genuina.

El viaje de la pasividad a la creatividad tiene que ver con la dimensión práctica del ser humano. Constituye como la infraestructura antropológica para aceptar el don de ser enviados a proclamar el evangelio. Todos deseamos ser creativos, afrontar los nuevos desafíos que se presentan hoy a la evangelización, pero a menudo no sabemos cómo, sucumbimos al peso de la rutina.

Con frecuencia solemos decir que nos falta creatividad para responder a los problemas que tenemos en nuestro mundo.

La pasividad es la actitud de quien recibe algo sin cooperar en ello. Pero, más radicalmente, la pasividad es un déficit de memoria. No puede haber creatividad donde no hay memoria, porque la creatividad no es sino un juego de la memoria.

Puede que la cultura actual sea una fábrica de pasividad, a través, sobre todo, de la televisión, internet y la industria del entretenimiento. Se recibe mucho sin cooperar casi nada. Pero los hombres y las mujeres seguimos siendo genéticamente creativos. Si no lo fuéramos moriríamos. Es nuestro equipaje para enfrentarnos a este mundo complejo. ¿Qué es lo que descubrimos al investigar en qué consiste la creatividad humana? Que las respuestas nuevas hunden sus raíces en las respuestas aprendidas. Gran parte de las operaciones que llamamos *creativas* se fundan en una hábil explotación de la memoria.

Si esto es así, *cuando se elimina la memoria desaparece la creatividad*. Es ésta una de las grandes lagunas de la formación actual y quizá también de la espiritualidad. Ese hueco hay que rellenarlo con el disfrute, con el consumo de la obra de otro.

¿Cómo ser creativos cuando nos borran las huellas de la memoria o nos quitan las herramientas del aprendizaje paciente?

6.5. Y siempre peregrinos

El *paradigma del peregrino* parece expresar la postura dominante en relación con la vida en general y con la espiritualidad en particular. Tomando en serio este paradigma, hemos intentado presentar una espiritualidad para hoy como una peregrinación que se expresa en *cuatro viajes esenciales*, cada uno de los cuales guarda relación con una dimensión esencial del ser humano y, más en profundidad, con el misterio de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo.

No se trata, pues, de comportarnos como *vagabundos* (que no saben de dónde vienen ni adónde van) o como *emigrantes* (que se sienten obligados a abandonar su patria porque no encuentran en ella medios para vivir). Somos *peregrinos*. Conocemos la meta y, junto a otros muchos peregrinos de múltiples condiciones, exploramos los signos que encontramos en el camino. Disponemos del mapa que nos ofrece la Palabra. Llevamos en la mochila el pan de la Eucaristía como viático. Pero no estamos dispensados de preguntar, compartir información, aceptar ayudas. Esta es la belleza y la exigencia de la

espiritualidad peregrina, mística y profética a un tiempo.

San Antonio María Claret, en un opúsculo titulado *El templo y palacio de Dios Nuestro Señor*, publicado en Barcelona en 1866, se sirve de la metáfora del compás para explicar la dinámica de la vida cristiana: “Cada cristiano ha de hacer como un compás, que de las dos puntas fija la una en el centro y con la otra se pone en movimiento hasta describir un círculo perfecto”. Él aplica la metáfora a la relación entre la vida contemplativa y la activa. Nosotros podemos servirnos de ella para expresar la necesidad que hoy tenemos de cultivar una espiritualidad que, por una parte, esté anclada en lo esencial del evangelio y, por otra, se abra continuamente a la evolución de la vida, a los cambios sociales, al desarrollo de la iglesia.



Conclusión

Con la alegoría de la Fragua, la Familia Claretiana nos ofrece un itinerario espiritual común, pero no pretende uniformar el camino espiritual de todos. Somos conscientes de que “nadie fue ayer, / ni va hoy, / ni irá mañana / hacia Dios / por este camino que yo voy. / Para cada hombre guarda / un rayo nuevo de luz el sol .../ y un camino virgen / Dios”⁴. Pero sabemos también que el camino personal se va haciendo a partir del don de gracia recibido.

“Como los discípulos de Emaús, también nosotros podemos superar la falta de entusiasmo y celo cuando nos dejamos acompañar por el Maestro en el camino de

⁴ L. FELIPE, *Versos y oraciones de caminante*, Buenos Aires 1963, 35.

nuestra vida misionera. Él escucha nuestras frustraciones y preguntas y nos da lo que más necesitamos para reavivar las brasas de la vocación debilitada: la Palabra “que hace arder el corazón” y la Eucaristía que “nos abre los ojos” (cf. Lc 24,31-45). Esa fue la experiencia de nuestro Fundador. En la fragua de la meditación, de los ejercicios espirituales y, sobre todo, de la Escritura y de la Eucaristía, interpelado por la realidad social, política y eclesial, caldeó su corazón en el fuego del amor a Dios y a María (cf. Aut 227,342)” (HAC, 44).

Gonzalo Fernández Sanz, CMF
Prefecto General de Espiritualidad